

dando un gran suspiro, dijo: «— ¡Oh hideputa, bellaco, y cómo es católico!

— ¿Veis ahí, — dijo el del Bosque en oyendo el «hideputa» de Sancho, — como habéis alabado este vino llamándole «hideputa»?

5 — Digo, — respondió Sancho, — que confieso<sup>a</sup> que conozco que no<sup>b</sup> es deshonra llamar «hijo de puta» á nadie cuando cae debajo

a. ...confieso, y que. TOX. — ...confieso y conozco. ARG. 1.º, BENJ.

b. ...que es deshonra. GASP.

muestra de hipérbole archiandaluza, cita la que acabamos de copiar, y á sus últimas palabras añade este comentario: «¡Que es beber, y es dar vino la bota!»

Amplia luego el epíteto de hipóboles archiandaluzas diciendo:

«En el cap. 5 del libro I de *Persiles y Sigismunda*, el bárbaro español dice á sus nuevos huéspedes: «Reiteraré plegarias, añadí promesas, aumenté las aguas del mar con las que derramaba de mis ojos»; y, como esto parece dicho en significado de aumentarlas visiblemente, la hipóbole es, á la verdad, hipóbólica entre las de su casta, como aquella de la coplilla popular:

« Antiguamente eran *durses*  
Las agüitas de la mar;  
Pero escupió mi morena  
Y se *gorbieron salás.* »

Y, en *Rinconete y Cortadillo*, al corcho que, según había dicho Cervantes, «podría caber sosegadamente y sin apremio hasta una azumbre», lo llama después «corcho de colmena»; esto es, vaso de corcho tan grande como los que se destinan para las abejas.» (*Edición crítica de «Rinconete y Cortadillo»*, pág. 121.)

No es menos archiandaluza esotra del capítulo siguiente: «Llegué, vila (la Giralda) y vencila, y hícela estar queda y á raya, porque en más de una semana no soplaron sino vientos nortes.»

Volvamos al asunto: Sancho, aunque glotón, hubo de ser sobrio algunas veces, algo más que el fingido escudero, quien, como se ve, llevaba á prevención una empanada de media vara y flambreras provistas de regalados manjares. Si ese continuado beber desacredita en este momento al escudero de D. Quijote, por no decir al novelista, sépase que «todos los personajes de las novelas de Cervantes muéstranse templados en el beber, y para ellos el vino es tono en el estómago, alimento en la sangre, calor en el cuerpo y alegría en el espíritu; y, así, beben y se alegran los cabreros, los escuderos y los pseudo-peregrinos que acompañan al morisco Ricote; pero jamás se propasan á la borrachera, ni la intoxicación por el alcohol figura en ninguna de las páginas que escribió el Regocijo de las Musas. Y no sería porque dejase de tratar pícaros, jaques, rufos, alguaciles y gente de mal vivir, sino por delicadeza natural; ni él cayó en la picardía, como otros hidalgos, ni afrentó su pluma describiendo el vicio que hace caer más baja la dignidad humana.» (GÓMEZ OCAÑA. Obra citada, pág. 99.)

Donde dice *pero jamás se propasan á la borrachera*, leeríamos nosotros *pero apenas si se propasan una vez á la borrachera*.

del entendimiento de alabarle. Pero dígame, señor, por el siglo de lo que más quiere: ¿este vino es de Ciudad Real?

— ¡Bravo mojón! — respondió el del Bosque. — En verdad que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad.

— ¡Á mí con eso! — dijo Sancho. — No toméis menos sino que 5 se me fuera á mí por alto dar alcance á su conocimiento<sup>a</sup>. ¿No será bueno, señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande y tan natural en esto de conocer vinos, que, en dándome á oler cualquiera, acierto la patria, el linaje, el sabor y la dura, y las vueltas que ha de dar, con todas las circunstancias al vino atañederas<sup>b</sup>? Pero 10 no hay de qué maravillarse si tuve en mi linaje, por parte de mi padre, los dos más excelentes mojones que en luengos años conoció la Mancha. Para prueba de lo cual, les sucedió lo que ahora diré:

a. ...su nacimiento? no. ARG. 1.º, BENJ. — b. ...atañederas? GASP.

11. ...tuve en mi linaje... los dos más excelentes mojones que en luengos años conoció la Mancha. — «Uno de los capítulos en que más resalta lo que podemos llamar «humorismo cervántico», es el que contiene el diálogo de los dos escuderos. Aquí estaba el autor á sus anchas, poniendo frente á frente dos personajes en una situación especial para medirse el uno al otro en astucia, gramática parda, escarceos, malicia, trastienda y socarronería.

Nótese que, siendo los dos unos pobres diablos, vecinos del mismo pueblo, se hablan como si fuesen personajes de remotas tierras. Puede, tal vez, concederse que Tomé Cecial sabía con quien hablaba, y que su conversación con Sancho era tan pura comedia como el coloquio de su amo; pero, á primera vista, no hay nada que autorice esta concesión, y en realidad parece que los dos tratan, valiéndonos de una frase vulgar, de *echarse el pego* el uno al otro.

Ahora bien; en los deseos de Sancho, de darse importancia y poner el pie delante su compadre en todos conceptos, se le ocurre el alabarse de gran catador ó conocedor de vinos. Tamaña virtud personal es poca cosa y podría ponerse en duda, creyendo el compadre que el haber acertado con la patria del vino era «tocar la flauta por casualidad». Allí no había otra clase de vinos en que probar su ciencia, y lo único posible era darle carácter hereditario, persuadiendo al otro escudero que en la familia de los Panzas se transmitía esa virtud como en la de los reyes de Francia el curar los lamparones. Para ello refiere el caso sucedido á uno de estos excelentes mojoneros sus antepasados, y que busca Cervantes con singular agudeza y gracia, porque quedando Sancho persuadido de que ha demostrado lo que probar le convenía, resulta enteramente lo contrario, y hace ver el autor el papel que representan las gentes groseras, cuando pretenden pasarse de listas y despuntar por agudas.

Refiere el escudero, que dado á probar un vino á los dos expertos ó peritos abuelos suyos, el uno dijo que sabía á hierro, y el otro á cordobán. Anduvo tiempo, vendióse el vino y al limpiar la cuba, hallaron en ella una llave pendiente de una correa de este cuero. «— Ya ve vuestra merced, — dice, — si quien viene desta ralea podrá dar su parecer en semejantes causas.»

Sancho sin duda se deslumbró y lo propio sucedió al otro escudero, con la particularidad de que había hierro y cuero dentro de la cuba; pero no hizo

Diéronles á los dos á probar el vino de una cuba, pidiéndoles su parecer del estado, cualidad <sup>a</sup> bondad ó malicia del vino. El uno lo <sup>b</sup>

a. ...cualidad. BR., TOK. = b. ...uno le. GASP.

alto en que este acierto tendría gran valor, si saliera de boca de un solo perito; pero viniendo de dos, demuestra la incapacidad y estupidez de ambos. El caso es semejante á si se preguntase á dos personas, qué es lo que divisaban á cierta distancia, y dijese uno que un caballo y otro que un jinete. Ambos tendrían razón, siendo el bulto un hombre á caballo; pero al demonio se le ocurre, que uno viera el caballo y dejara de ver al jinete, y otro viera el jinete y dejara de ver el caballo.

Si había en la cuba un hierro con un cuero, el vino debía saber á cuero y á hierro. Sentir, pues, un perito el sabor del hierro y escapársele el del cuero, arguye la tosquedad, grosería y falta mayor de paladar que puede imaginarse. Sentir el cuero y no el hierro equivale á lo mismo. ¿Con qué cara se mirarían los dos catadores, al ver el del hierro el cuero y el del cuero el hierro?

Este caso, indudablemente, lo inventó Cervantes, si no se contaba en su tiempo, para probar la estulticia é incompetencia de los peritos, puesto que con igual intención lo introduce en uno de sus entremeses para burla de un personaje. La gracia del cuento está en la sorpresa que á primera vista causa, la coincidencia de haber dentro de la cuba las dos substancias productoras de sabor especial, que separadamente hieren el paladar de los catadores. El oyente no se fija por el momento en si es uno ó son dos los peritos; pero hay la enorme diferencia, de que á ser opinión de uno sólo, que el vino sabía á cuero y á hierro, sería un gran inteligente; y siendo dos, resultan dos grandes nulidades.

Tales desaciertos y sandeces ocurren en el trato humano cuando las gentes inferiores se quieren salir de sus casillas tentados por la vanidad ó la codicia. Sancho Panza es un tipo que, gracias á la promesa de la insula, anda vagando siempre fuera de su centro, y en multitud de ocasiones le coloca Cervantes en esas circunstancias críticas, en que se le va, no el juicio, sino hasta el sentido común, cual sucede también en la escena de los cueros de vino.

Parece increíble que un hombre de seso ande buscando la cabeza de un gigante que ha matado su señor dentro de un estrecho aposento, y que se apure por no encontrarla, sin acordarse para nada de que la cabeza debía estar unida á un cuerpo, y que para prueba de estar fenecida la aventura de la princesa Micomicona, tanto daba ó era mejor presentar el cuerpo, si la cabeza se hubiera *traspapelado*.

Tales monstruosidades tienen una fuerza cómica tanto más efectiva cuanto más oculta. Consiste la gracia en que lo absurdo no se ve á primera vista. La impresión producida es generalmente lo inverso ú opuesto al pensamiento del autor, lo cual se consigue con un poco de falacia en los términos ó un discreto cambio en algunas de las circunstancias, lo bastante para fascinar de repente y hacer pasar por lógica la consecuencia. Mas por poco que la atención se fije, descúbrense que el flaco está en alguno de los accidentes, términos ó circunstancias ya mal traídos ó erróneamente supuestos. En el cuento de los catadores de vinos, está el flaco en dividir en dos la virtud que ha de ser prenda de un solo individuo. Si la pericia no es unipersonal,

probó con la punta de la lengua: el otro no hizo más de llegarlo á las narices. El primero dijo que aquel vino sabía á hierro: el se-

dos expertos pueden dar una opinión; pero de dos ignorantes no se puede hacer un sabio. Resulta que uno de ellos era insensible al sabor del cuero y el otro al del hierro, defectos que les incapacita para el oficio. En el incidente de la cabeza del gigante, el flaco está en sentar que no hay testimonio posible de la muerte de un hombre, sino la parte desde el cuello para arriba.

Y después de ver al escudero haciendo del simple y tonto hasta este punto, no deja de ser humorística también la opinión que califica á Sancho de representante del buen sentido. Esto es uno de los defectos más chistosos que produce ese inimitable é irónico humor, que no tiene más nombre que cervántico. » (NICOLÁS DÍAZ DE BENJUMEA. *La Ilustración*.)

Prosigamos. Si, como tantas otras cosas, el ingenio se mejora con los años, Cervantes, en el pasaje citado, vence al Cervantes que había escrito antes *La elección de los alcaldes de Daganzo*:

« PANDURO. Digo que en todo el mundo no es posible  
Que se hallen cuatro ingenios como aquestos  
De nuestros pretendores.

ALGARROBA. Por lo menos,  
Yo sé que Berrocal tiene el más lindo  
Distinto.

ESCRIBANO. ¿Para qué?

ALGARROBA. Para ser sacre  
En esto de mojón y cata-vinos.  
En mi casa probó los días pasados  
Una tinaja, y dijo que sabía  
El claro vino á palo, á cuero y hierro:  
Acabó la tinaja su camino,  
Y hallóse en el asiento de ella un palo  
Pequeño, y dél pendía una correa  
De cordobán y una pequeña llave.

ESCRIBANO. ¡Oh rara habilidad! ¡Oh raro ingenio!  
Bien puede gobernar, el que tal sabe,  
Á Alanis y Acazalla y aun á Esquivias.

ALGARROBA. Miguel Jarrete es águila.

.....  
.....

BACHILLER. Adelante.

¿Qué sabe Berrocal?

BERROCAL. Tengo en la lengua  
Toda mi habilidad y en la garganta;  
No hay mojón en el mundo que me llegue;  
Sesenta y seis sabores estampados  
Tengo en el paladar, todos vináticos.

ALGARROBA. Y ¿quiere ser alcalde?

BERROCAL. Y lo requiero;  
Pues cuando estoy armado á lo de Baco,  
Así se me aderezan los sentidos,  
Que me parece á mi que en aquel punto  
Podría prestar leyes á Licurgo. »

gundo dijo que más sabía á cordobán. El dueño dijo que la cuba estaba limpia, y que el tal vino no tenía adobo alguno por donde hubiese tomado sabor de hierro ni de cordobán. Con todo eso, los dos famosos mojones se afirmaron en lo que habían dicho. Anduvo  
5 el tiempo, vendióse el vino, y, al limpiar de la cuba, hallaron en ella una llave pequeña pendiente de una correa de cordobán. Por que vea vuesa<sup>a</sup> merced si quien viene desta ralea podrá dar su parecer en semejantes causas.

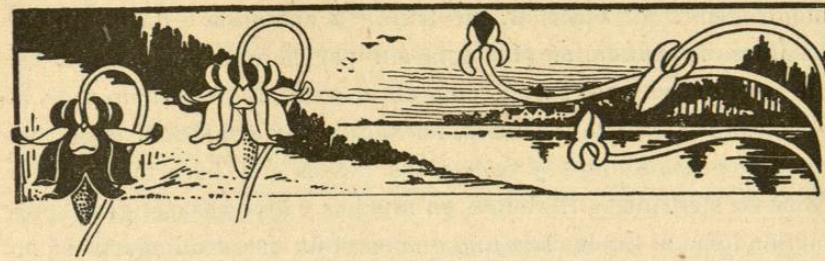
— Por eso digo, — dijo el del Bosque, — que nos dejemos de  
10 andar buscando aventuras; y, pues tenemos hogazas, no busquemos tortas, y volvámonos á nuestras chozas, que allí nos hallará Dios si él quiere.

— Hasta que mi amo llegue á Zaragoza<sup>b</sup> le serviré, que después todos nos entenderemos. »

15 Finalmente, tanto hablaron y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y templarles la sed, que quitársela fuera imposible; y, así, asidos entrambos de la ya casi vacía bota, con los bocados á medio mascar en la boca, se quedaron dormidos; donde los dejaremos por ahora, por contar  
20 lo que el Caballero del Bosque pasó con el de la Triste Figura.

a. ...vea vuestra merced. BOW. — ...vea vuestra merced. MAL.

b. ...Zaragoza, dixo Sancho, le serviré. TON.



#### CAPÍTULO XIV

##### Donde se prosigue la aventura del Caballero del Bosque

ENTRE muchas razones que pasaron D. Quijote y el Caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo á D. Quijote: « — Finalmente, señor caballero, quiero que sepáis que mi destino, ó, por 5

El simbolismo de la aventura del Caballero de los Espejos es un verdadero esfuerzo del genio de la sátira, coronado con el éxito más feliz. Todo conspira y concurre á representar dos combates y dos personajes combatientes al mismo tiempo, en uno de los cuales versa el fondo sobre intereses privados y en otro sobre intereses universales para los hombres. Aquí pelean dos caballeros bajo un aspecto, y dos creencias ó sistemas bajo el otro. Aquí hay dos damas por una parte, y por otra dos ideas, dos principios de política. De un lado vemos al Caballero de los Espejos y á D. Quijote, á Dulcinea y Casildea, y de otro á Blanco de Paz y Cervantes; y en esto al espíritu intolerante en el primero y al espíritu libre en el segundo, á la fe avasalladora en Casildea y á la razón tolerante en Dulcinea. El Caballero de los Espejos desaparece para dar lugar al dominico, al comisario oficioso del Santo Oficio; D. Quijote desaparece para dar lugar á Cervantes, enemigo de la Inquisición y de los fanatismos. El tema es: quién ha vencido á quién, y quién vencerá en lo futuro...

Profanación, que no otro nombre merece, es el audaz simbolismo que se dice contenido en este capítulo, cuando en él no hay sino el ingenioso recurso artístico (para que la novela se dilate por nuevos horizontes) del duelo entre D. Quijote y el Caballero de los Espejos; ficción que, traspasando las fronteras de la fantasía, ha tomado ya cuerpo en la realidad del mundo exterior, porque de tal modo sugestiona el ánimo, que el lector sencillo, creyendo asistir á tan singular combate, no sabe si llorar la derrota del bachiller ó celebrar el triunfo del héroe.

Línea 3. ...el Caballero de la Selva. — De los tres nombres con que se conoce en la presente aventura al bachiller Sansón Carrasco, esta es la primera vez que suena el de Caballero de la Selva, no muy distinto en su esencia de